

La efigie de esta hoz, representa a un hijo del Pueblo; de ese Pueblo cuya voz, es el eco de la del Supremo Creador del Universo.

El Ciudadano que conoce sus derechos, los reivindica y derroca el Caciquismo y por ende, toda tiranía.

El Sr D Francisco y Madero es el representante de los derechos del Pueblo, su magna y patriótica labor conquistada en los campos de batalla, será la regeneración de nuestra Patria.

Mis soldados y yo, cooperando en nuestra escala relativa, juramos fidelidad a la sacrosanta causa de la Libertad y seremos los guardianes de la Constitución.

Educa Julio 18/911

El Coronel Fran Javier Sotomayor
 Capitán Rodolfo Rodríguez
 Ob. Mallor
 Felis Cortez

El Etc. Coronel Emilio Rivas
 Teniente Benjamín Núñez
 Teniente Emilio G. Rojas
 Teniente Marcos A. Rojas

Comandante R. Ramírez Montano
 Comandante Nicolás Ramírez

Entrada Libre

Sobre las razones del libro Una entrevista con Robert Darnton

Rhys Tranter

Esta entrevista apareció el 3 de enero de 2012 en *Cardiff Book History*, el blog del Centro de Investigación Editorial e Intertextual de la Universidad Cardiff. Rhys Tranter realizó sus estudios de licenciatura y maestría en Cardiff, primero en literatura inglesa y después en literatura inglesa y crítica cultural. Además de ser miembro del consejo editorial de *Assuming Gender* (assuminggender.com), en la actualidad trabaja en el manuscrito de su tesis doctoral, "Beginning to End: Representations of Trauma in the Post-War Writting of Samuel Beckett". Nota y traducción de Antonio Saborit.

EL 5 DE DICIEMBRE DE 2011, el profesor Robert Darnton (Universidad de Harvard) ofreció la Conferencia Benemérita en Humanidades de la Universidad Cardiff ante un auditorio lleno. El profesor Darnton tomó como punto de partida a Thomas Jefferson, y trazó el viaje del intercambio de ideas, desde la Candela de Jefferson hasta la comercialización del Internet, diciendo que a pesar de que el Internet parece traducir el ideal de Jefferson en un vital sistema de comunicación, los intereses comerciales explotan la tecnología digital con la finalidad de dejar fuera a grandes sectores de nuestro legado cultural común. El profesor Darnton citó la campaña en favor de la creación de una Biblioteca Pública Digital de Estados Unidos como una respuesta a esa amenaza.

Sabemos, por ejemplo, que la publicación de manuscritos continuó durante los tres siglos posteriores a Gutenberg, y en realidad esa actividad floreció.

Antes de dar su conferencia, el profesor Darnton fue entrevistado por Rhys Tranter, doctorando de la Universidad Cardiff, quien trabaja sobre Samuel Beckett y el trauma en la postguerra. Lo que sigue es una transcripción de la conversación.

Rhys Tranter: *En Las razones del libro, usted escribió que la “explosión de los modos electrónicos de comunicación es tan revolucionaria como la invención del tipo móvil”. Según usted, ¿cómo es que esta revolución está cambiando la manera en la que se esparcen el conocimiento y la información?*

Robert Darnton: En primer lugar tengo que decir que la palabra “revolución” se usa muy libremente, en general, así que eso lo dije después de algunas dudas. Me refiero a que leo sobre las revoluciones en la ropa de vestir de los hombres y en los estilos de la defensa en el fútbol y demás. Por tanto no quisiera trillar el término. Y es un término que puede emplearse en una cantidad de maneras diversas. Pero digamos que la aseveración consiste en que los medios de comunicación hoy cambian tan rápida y dramáticamente como en el tiempo de Gutenberg. Y de hecho hemos aprendido muchas cosas del tiempo de Gutenberg: el cambio, tal vez, no fue tan rápido como lo pensó la gente cuando se refieren a éste como una revolución. Sabemos, por ejemplo, que la publicación de manuscritos continuó durante los tres siglos posteriores a Gutenberg, y en realidad esa actividad floreció. Que eso sirva a manera de prefacio a lo que digo. Pero su pregunta es sobre cómo es que este cambio, sea revolucionario o no, afecta la manera en la que la comunicación penetra en la sociedad.

Pues bien, no hace falta más que sentarse en un camión o en el Metro si se está en Nueva York o en Londres o en París y ver a la gente con sus teléfonos inteligentes o sus diversos aparatos manuales. La frase se emplea a veces: “la gente siempre está ‘conectada’”. Es decir, que a toda hora están en línea, que siempre se están comunicando. Creo que se ha dado una restricción en la vida tipo espacio en blanco: un tiempo en el que la gente, por así decirlo, no hizo nada. Claro que nunca estaban haciendo nada. Pero se refiere a que hubo una época en la que la gente no se comunicaba de manera consciente, sino que nada más corría la voz. Ahora bien, hay mucho que decir sobre correr la voz. Uno se puede sentar y observar las cosas, y tal vez verse expuesto a sorpresas. Pero hoy existe esta idea de estar intercambiando mensajes constantemente. De hacerlo todo el tiempo. Eso es diferente, creo yo, cualitativamente, a cualquier cosa que hubiera antes, así la gente intercambiara chismes en la fuente del pueblo. Por tanto es un cambio muy profundo en la manera en la que vi-

vimos nuestras vidas, y eso ha vuelto más centrales de lo que eran a la comunicación e información.

RT: *En su libro, usted establece algunas semejanzas entre lo que sucede hoy y lo que sucedía en el tiempo de Gutenberg. ¿Podría ahondar un poco más sobre estas semejanzas?*

RD: La gente dice muchas veces —como si de un descubrimiento portentoso se tratara— que “vivimos en la edad de la información”. Para mí la edad que sea es una edad de la información, cada cual a su manera según los medios disponibles. Así, en el tiempo de Gutenberg, como bien sabemos, si bien nuestra información es limitada, existe un ir y venir entre lo que se volvió comunicación impresa y comunicación oral. Por no mencionar al manuscrito para la comunicación. Por tanto existe una especie de fluidez, creo yo, a comunicarse en sistemas que existían entonces y que hoy también existen. Eso es lo que ambos tiempos tienen en común. El tránsito de un mensaje de un medio a otro, y luego de regreso, de suerte que no es unilineal. Y pienso que mucho de la historia de la comunicación, o de la historia de los libros, al menos tal y como yo trato de hacerla, es un empeño por recobrar el aspecto multidimensional de esto. Así que ya ve que en mi caso he hecho estudios de rumores en el París del siglo XVIII que transitan a diarios manuscritos, luego a la letra de imprenta, para regresar después a la comunicación oral. Eso sucedía en el siglo XVIII, eso sucedía en el siglo XV, sucede hoy. Creo, sin embargo, que existe una diferencia en la forma actual de la migración y transformación de los mensajes, en la que es recuperable buena parte de eso. Así que si se envía un *tweet* o un correo electrónico hay un elemento casual en eso y sin embargo hay un registro al mismo tiempo. Mientras que en el pasado me parece que todo desaparecía en el aire. Esta desaparición, la mera destrucción, si se quiere, de la comunicación en el pasado es algo que a duras penas podemos evaluar, y algo que no siempre atendemos. Lidiamos tan sólo con el registro de lo que sobrevivió. Pero existen estos enormes silencios que hoy abarcan a la comunicación que alguna vez se dio, y eso cambia nuestra perspectiva de las cosas. Así que lo que sostengo son dos cosas. Una: sí, existieron semejanzas en la manera en la que los mensajes migraban de un formato a otro. Pero, dos: sus diferencias, en que hoy mucho de eso es recuperable.

RT: *En otra parte usted también ha discutido las posibles dificultades en la recuperación de la información en la era digital. El correo electrónico, por ejemplo, que no siempre demuestra una conexión con otra correspondencia. Usted ha ha-*



blado incluso sobre la desaparición de la correspondencia electrónica de la Casa Blanca durante un periodo determinado.

RD: Sí. Tal parece que acaba de desaparecer una buena cantidad de correos electrónicos del gobierno de Bush. La gente puede tener ideas conspirativas al respecto —yo honestamente no tengo idea—. Pero una cosa es segura, y es que la gran mayoría de los correos electrónicos desaparece. Usted puede salvar algunos, y hoy las bibliotecas trabajan para almacenarlos y conservarlos. En Harvard, tenemos un proyecto para salvar y preservar todos los correos electrónicos que tengan que ver con la administración superior de la universidad. Y eso es crucial porque se toman decisiones importantes y no queda registro en papel. Y si no tenemos un registro de éstas, estamos en problemas.

Asimismo es cierto que los textos digitales se degradan, que los pequeños ceros y unos que integran estos textos de hecho se amotan. Por lo tanto, hay que mantenerlos con vida “migrándolos” de un formato a otro, y dispersándolos en distintos depósitos. Es un proceso elaborado y caro, pero podemos mantener vivos todo tipo de registros de correos electrónicos. Pero ésa sólo es una pequeñísima proporción de los correos electrónicos que transitan a nuestro alrededor. Entiendo lo que usted me dice en cuanto a que mucho “en efecto” se pierde. Pero comparado con lo que se perdió antes, yo creo que es un cambio cualitativo en nuestra civilización, para bien, o para mal. Muchos correos electrónicos desde luego que son triviales. Pero, por ejemplo, algo que me resulta impresionante es que hemos perdido más de la mitad de todas las películas que se produjeron antes de 1940. Y pensamos en el cine como uno de los géneros grandes de la actualidad, una forma elevada del arte. La cantidad de las pérdidas es sencillamente asombrosa. Por no mencionar las piezas de Shakespeare, y poemas, y demás. De manera que creo que nuestra capacidad tecnológica para conservar cosas, para preservarlas, crece a pesar de la fragilidad del texto electrónico.



RT: *La expresión “Acceso Abierto” se usa mucho por quienes desarrollan programas en relación con las tecnologías emergentes, y entraña ciertos ideales de accesibilidad y cooperación. Usted ha sugerido que la idea nos puede permitir repensar las fronteras de la institución académica. ¿Cómo puede cambiar el “Acceso Abierto” la manera en la que pensamos sobre la tecnología en la educación superior?*

RD: No estoy seguro que pueda, en verdad. Tengo la “esperanza” de que pueda, pero el “Acceso Abierto” está lejos de ser un

fait accompli. Quiero decir que la mayoría de los accesos están “cerrados”. De hecho, resulta sorprendente lo limitado y cerrado que es el intercambio académico. Existen leyes muy severas, leyes sobre derechos de autor, que me impiden hacer accesibles a mis estudiantes todo tipo de textos digitales, que ellos podrían usar con provecho. Por tanto no es que el “Acceso Abierto” pueda cantar victoria, como si hubiera transformado la vida académica o todo el mundo del conocimiento. Yo creo que ésa es su “ambición”. Para decirlo con sencillez, su ambición es democratizar el acceso al conocimiento. Veo que sucede el peligro de lo opuesto: que el acceso al conocimiento se pueda restringir por medio de la comercialización. Y así, veo, por ejemplo, el costo cada vez mayor de los periódicos como una amenaza al conocimiento, aunque los impresores de las publicaciones académicas digan, por el contrario, ¡estamos comunicando conocimiento! Bueno, pues no lo hacen, sí se vuelve tan caro que las bibliotecas tienen que recortar sus compras de monografías y de otras publicaciones periódicas. Estamos llegando a un punto en el que la inflación de los costos de la literatura en publicaciones periódicas es un verdadero peligro para el acceso al conocimiento.

En el caso de los libros, el ejemplo obvio es *Google Book Search*. Yo creo que *Google Book Search*, que iba a comercializar el acceso a una base de datos de libros, era una verdadera amenaza a la comunicación del conocimiento, aunque parezca un gran salto hacia adelante. Y por lo tanto, estamos tratando de crear lo que llamamos la Biblioteca Pública Digital de Estados Unidos: una biblioteca digital de “Acceso Abierto” que estará disponible para todos, no sólo a cualquier persona en Estados Unidos, sino en cualquier lugar del mundo. Ésta es una larga respuesta para su pregunta, pero lo que trato de explicar es que el “Acceso Abierto” se encuentra en una etapa temprana. Es el comienzo de algo que creo que será un proceso de democratización, pero aún estamos muy lejos de estar ahí, incluso en los países desarrollados de Occidente. Pero cuando se piensa en los países que se encuentran del otro lado de la llamada “franja digital”, en ellos el acceso está muy lejos de ser abierto. Así que hay un largo camino por recorrer antes de que todo el mundo esté unido en una especie de red digital en la que quien sea tenga acceso inmediato a toda nuestra herencia cultural.

RT: *Usted ha escrito que Google Book Search empieza como “un monopolio de un nuevo tipo”, que a pesar de que su objetivo es “organizar la información del mundo y volverla accesible y útil universalmente”, presenta obstáculos a la proliferación del conocimiento. En la respuesta anterior algo dijo de esto, ¿podría ahondar en por qué siente usted que este sea el caso?*

Y por lo tanto, estamos tratando de crear lo que llamamos la Biblioteca Pública Digital de Estados Unidos: una biblioteca digital de “Acceso Abierto” que estará disponible para todos, no sólo a cualquier persona en Estados Unidos, sino en cualquier lugar del mundo.

Y al tratar de negociar un arreglo a la demanda, Google transformó lo que era originalmente una operación de búsqueda en algo completamente distinto: una biblioteca comercial.

¿Cómo es que Google es una amenaza a la diseminación del conocimiento o de la información?

RD: Primero que nada debo decir que en muchos sentidos admiro a *Google*. Por si nunca se ha topado con alguno de los ingenieros de *Google*, antes que nada son muy jóvenes, más jóvenes incluso que usted, están llenos de energía y de ideas, y en todos ellos hay una especie de espíritu de “lo puedo hacer”, lo que resulta estimulante. Y la atmósfera en el mundo de *Google* es algo especial, es “eléctrica”, y eso lo admiro. Admiro su chispa, como decimos, su habilidad para enfrentar un problema y derrotarlo y hacer algo con él. Todo esto es maravilloso.

Usé la palabra “amenaza” con cautela. Vi una amenaza en *Google Book Search*, la cual formaba parte de un proyecto muy concreto que emergió de una demanda. A *Google* lo demandaron los autores e impresores en Estados Unidos por una supuesta infracción de sus derechos de autor. Y al tratar de negociar un arreglo a la demanda, *Google* transformó lo que era originalmente una operación de búsqueda en algo completamente distinto: una biblioteca comercial. De manera que toda la base de datos de libros digitalizados, quince millones de libros o algo por el estilo, habría de ser accesible, pero a un costo. Y ese costo lo habrían de establecer *Google* y los demandantes que para entonces ya se habían convertido en sus socios. Eso representa, de manera incipiente, un gran peligro para el conocimiento. Es volver accesible el conocimiento a quienes puedan pagarlo. La respuesta a mi argumento es ésta: “no sea ingenuo, nada es gratis, es normal que se tenga que pagar por el acceso al conocimiento porque todo esto cuesta dinero”. Y mi respuesta a su respuesta es que el conocimiento es un bien público, y los bienes públicos, desde luego, cuestan dinero, nada es gratis, pero se debe poder disponer de ellos de manera gratuita, por medio de los dispositivos que encontremos. La acción estatal, o en el caso de la Biblioteca Pública Digital de Estados Unidos, una coalición de fundaciones que están poniendo el dinero y una coalición de bibliotecas de investigación que están poniendo los libros. Así que sí existen las soluciones, pero si los bienes públicos preocupan, si se cree que los ciudadanos comunes y corrientes deben tener acceso idéntico al conocimiento, entonces es importante establecer las reglas del juego. Creo que nos encontramos en un momento muy interesante en la historia de la comunicación en el cual se están estableciendo esas reglas. Uno de los puntos interesantes es la manera en la que se están estableciendo las reglas. Aquí en Europa les puede parecer extraordinario que las reglas del juego en Estados Unidos se determinen por medio de demandas, de actos judi-

ciales, no por medio de la legislatura. Y ese es el caso. Desde luego que la legislatura también tiene un papel que desempeñar, la legislatura vota las leyes de los derechos de autor, de hecho en los pasados cincuenta años votó once leyes de derechos de autor. Pero yo creo que estas leyes de derechos de autor se están volviendo un obstáculo para la comunicación abierta, y yo creo que se deben modificar, pero tengo poca confianza en la habilidad del Congreso para modificarlas en aras del bien público, puesto que hay muchos cabilderos sobre el Congreso y que determinan los derechos de autor. De manera que el derecho de autor es un tema “muy” complejo que ha evolucionado, como usted sabe, a lo largo de un periodo de tiempo amplio, y ahora mismo creo que nos estamos arrinconando con los derechos de autor. Se trata de un problema muy serio, y yo no sé cómo podemos salir de este rincón. Eso es parte de lo que trata el “Acceso Abierto”.

RT: *¿Así que el desarrollo de la legislación en torno a los derechos de autor es un proceso guiado por las corporaciones? Pienso, en particular, en el Acta de Extensión del Término de Derecho de Autor de Sonny Bono de 1998, a la que también se le conoce como “Acta de Producción de Mickey Mouse”, pues como usted mismo escribió, el célebre icono de Disney estaba a punto de caer en el dominio público. ¿La historia de los derechos de autor favorecen las ganancias privadas por encima del bien público?*

RD: Bueno, en efecto, los intereses de las corporaciones son centrales en la legislación en torno a los derechos de autor. Las corporaciones existen para devolver una ganancia a sus accionistas. Eso es normal. Es natural. No hay nada malo en ello. Así opera la sociedad capitalista. Por lo que creo que sería ingenuo oponerse a Disney Incorporated en tales términos: está defendiendo sus intereses y extendiéndolos por medio del Acta de Extensión del Término de Derecho de Autor de 1998. Pero también existe el interés público, y lo que necesitamos es un equilibrio entre lo público y lo corporativo. ¿Tenemos hoy el equilibrio adecuado? Yo diría que no.

Pero este asunto se remonta mucho más atrás, se remonta al origen de los derechos de autor, que aquí en Inglaterra es 1710. Como usted probablemente sabe, el llamado Estatuto de Anna fue un intento por lograr un equilibrio entre el bien público —definido aquí como la extensión del conocimiento— por un lado, y los derechos de los autores a la retribución exclusiva de lo suyo durante una cierta cantidad de tiempo: catorce años, renovables una sola vez. Eso es muy diferente de la vida del autor más setenta años, o en el caso de una corporación como



Como usted sabe, los libros electrónicos pueden hacer cosas maravillosas.

Puede portar películas, pueden tener sonidos, son multimedia por su propia naturaleza.

Disney, noventa y cinco años. De modo que lo que estoy diciendo es que toda la historia del derecho de autor muestra intereses económicos. Fue la Stationers' Company la que estaba cabildeando para obtener una fuerte ley de derechos de autor en derechos sobre los ejemplares, y de hecho eso lo restringió considerablemente el Parlamento en 1710. Existía la fuerte sensación de que la Stationers' Company era un monopolio y que trataba de extender su poder de manera indefinida. Yo creo que ése fue el caso. Y de hecho la Stationers' Company quería los derechos de autor a perpetuidad. ¡Quería quedarse con los derechos de autor de toda la literatura inglesa para siempre! Eso se frenó en la Corte. Así que hay una historia fascinante de los debates del juzgado que se extiende de 1710 hasta el famoso caso Donaldson V. Beckett en 1774, cuando se rechazó definitivamente la noción de derechos de autor a perpetuidad. Así que ahí me parece que el equilibrio fue bastante bueno. Y esto se adoptó en Estados Unidos en la primera Acta de Derechos de Autor de 1790 con el mismo límite: catorce años, renovables una sola vez. Creo que desde entonces hemos ido de bajada.

RT: Al desarrollarse el Proyecto e-Gutenberg usted trató de mostrar el potencial del libro electrónico en un nuevo tipo de monografía académica. ¿Podría abundar un poco más sobre este potencial y a lo que usted se refiere por estructura piramidal?

RD: El Proyecto e-Gutenberg fue un intento por crear y dar legitimidad a un nuevo tipo de publicación. Que fuera especialmente relevante para los jóvenes académicos, para la gente que trataba de convertir tesis en monografías, y, al mismo tiempo, que abriera nuevas posibilidades de comunicación académica. Como usted sabe, los libros electrónicos pueden hacer cosas maravillosas. Puede portar películas, pueden tener sonidos, son multimedia por su propia naturaleza. También pueden incluir documentación que se extiende indefinidamente en las profundidades del ciberespacio. De manera que ahí está el potencial para una nueva forma de comunicación académica. Es realmente emocionante. Sólo que la práctica es algo completamente distinta.

Yo soy historiador, y cuando creé e-Gutenberg, yo era presidente de la Asociación de Historiadores Americanos. La Asociación trató de usar los medios electrónicos como una forma de ayudar a los más jóvenes a desarrollarse como académicos, a desarrollar sus carreras, sacando el mayor provecho de la nueva tecnología. Sin embargo, un gran número de los académicos de más edad dijo "Bueno, estos libros electrónicos no son

del todo libros. Los libros son cosas que aparecen con impresos en el papel”. Y parte de la lucha fue, por lo tanto, en favor de la legitimización. Olvido el número exacto de libros electrónicos que publicamos, creo que fueron 17, y era una buena lista. Y me veo escribiendo cartas a los directores de las divisiones de historia diciéndoles “Vean, ¡éstos son libros! Son libros de verdad. De hecho, son mejores que la mayoría de los libros impresos”. Y lo son. Son libros increíbles. En ese sentido, creo que, e-Gutenberg fue un éxito. Creo que ayudamos a romper esta barrera a la idea de que la comunicación electrónica no es una comunicación “real”.

Donde resultó menos exitoso fue como negocio. Teníamos un plan de negocios, estaba funcionando muy bien, hacia el final (al cabo de siete años) logramos cubrir los costos. Pero a duras penas. Cuando empezábamos a transitar de los números rojos a los negros nos cayó una crisis económica. Y el impresor que llevaba esto, Columbia University Press, decidió que ésta era una empresa demasiado arriesgada para seguir adelante. De ahí que se descontinuara e-Gutenberg. Aún existe, se le consigue en la red y en otras partes, pero no puedo festinar que sea un éxito sin ambigüedades. Fue el primer esfuerzo por hacer este tipo de cosas. Pero hoy hay muchísimos libros electrónicos y muchísimos libros académicos electrónicos. De hecho yo publiqué uno, un libro híbrido que creo que ahora es muy típico. Pero todavía no respondo su pregunta sobre la estructura piramidal, así que si usted gusta tal vez me la querría volver a plantear.

RT: Muy bien. La estructura piramidal del libro electrónico la adoptaron varios impresores comerciales. Faber and Faber acaba de sacar una edición para el iPad de La tierra de baldía de T.S. Eliot, la cual incluye acceso a audio y a elementos visuales, junto con piezas documentales. Mientras tanto, Penguin sacó una edición “ampliada” de la novela de Jack Kerouac, On the Road, permitiéndoles a los lectores hojear materiales manuscritos, el acceso a material documental y seguir los hechos en la narración en un mapa interactivo de Estados Unidos. ¿Cree usted qué herramientas como el iPad de Apple o el Kindle de Amazon cambien nuestra manera de leer en el largo plazo? Y de ser el caso, ¿cómo?

RD: La respuesta breve sería “Sí”, pero entonces usted me podría preguntar “¿Cómo?”, como lo acaba de hacer, y entonces yo no tengo la respuesta a esa pregunta. Pero los ejemplos que usted cita, los cuales no he visto yo mismo, suenan “maravillosos”. Se puede hacer pasar un texto por los oídos al tiempo



¿Ha desaparecido hoy la lectura a profundidad? Yo les dejo libros a mis estudiantes, con frecuencia libros impresos, y cuando los discutimos tengo la impresión de que han dominado los argumentos básicos, y que han aprendido a leer críticamente.

que por los ojos, y eso para mí es un avance enorme. Ayudará a situar a alguien como Kerouac en un contexto de tal manera que no se pueda afirmar nada más que viajaba por este paisaje tan raro. Así que sí, a mí me parece que éste es un avance muy significativo.

Pero, ¿cómo cambiará la manera de leer? Honestamente no lo sé, pero muchas veces me digo “No seas ingenuo, hoy en día se dan pérdidas en la manera en la que la gente lee, sobre todo cuando leen en línea”. La lectura a profundidad de principio a fin, que fue típica de mi generación cuando éramos estudiantes hoy en día casi no existe, y en su lugar hay una lectura superficial: se leen fragmentos y *tweets* y se fragmentan textos en pequeñas unidades que en realidad impiden cualquier apreciación de la totalidad del texto. Tengo para ello una media respuesta, la que no es adecuada, pero que creo que vale la pena considerar. Y es que, primero que nada, esta lectura a profundidad de principio a fin no hay que exagerarla como algo que sucedía en el pasado. Hemos aprendido mucho sobre la historia de la lectura, que es uno de los aspectos de la historia del libro que estamos tratando de desarrollar, y una de las cosas que hemos descubierto es que, por ejemplo, los humanistas del siglo XVI rara vez leían un libro de principio a fin. Leían lo que hoy llamamos “fragmentos”, o hasta *tweets*...

RT: *¿Cómo en los libros de lugares comunes?*

RD: Así es. Seleccionaban algunos pasajes breves, los copiaban en los Libros de Lugares Comunes, y usaban esos pasajes para diversos propósitos, con frecuencia en las batallas retóricas de sus mecenas en la Corte, o lo que fuera. Pero esto no era leer de la manera que nos gusta imaginarlo. Aquí, desde luego, también se dio la lectura a profundidad. No lo estoy negando. Pero no estoy seguro de que podamos asumir que era la típica.

¿Ha desaparecido hoy la lectura a profundidad? Yo les dejo libros a mis estudiantes, con frecuencia libros impresos, y cuando los discutimos tengo la impresión de que han dominado los argumentos básicos, y que han aprendido a leer críticamente. Tal vez la gran diferencia sea ésta: cuando doy cursos sobre la historia de los libros, trato de sensibilizar a los estudiantes sobre los aspectos físicos de los libros, y cómo es que esos aspectos físicos conllevan un significado. No es sólo la erudición por el sentido bibliográfico de la erudición, sino más bien es un asunto de cómo los elementos paratextuales y demás moldean el mensaje que el texto transmite, y la manera en que el lector le da sentido a ese mensaje. De manera que descubro que los estudiantes que son, por decirlo

así, “nativos digitales” y que están acostumbrados a la comunicación electrónica se entusiasman mucho con esta nueva manera de ver los libros viejos. Sus relaciones son mucho más intensas que las de aquellos estudiantes, digamos, de hace veinte años que veían el mundo de la impresión como un mundo dado: un mundo que existía desde Gutenberg y que nunca iba a cambiar.

RT: *¿Diría usted que hay una sensación de nostalgia por el libro impreso entre las generaciones más jóvenes? Cardiff Art Institute, aquí a un lado, interpela a un amplio espectro demográfico de jóvenes, y está lleno de gabinetes y de exposiciones a muro de máquinas de escribir, aparatos telefónicos originales, discos de vinil y hasta guantes de caucho. Todos estos objetos lucen extrañamente anticuados en este contexto y parecen señalar una experiencia táctil que se ha perdido con la entrada de los iPads y de los e-books. Con esto en mente, ¿cree usted que existe una nostalgia por el código impreso como un objeto material?*

RD: Bueno, eso de la “nostalgia del código” resulta fascinante, quiero decir que, claramente se han perdido ciertas experiencias, las experiencias táctiles —eso suena, en realidad, muy fascinante—. Algo que me llama la atención, y que creo que menciono en *Las razones del libro*, es, y solía ser en los radios, que cuando querías cambiar de un programa a otro girabas una perilla. Mientras que en la actualidad es presionar algo, tu *toggle*. La gente de mi generación tuvo que aprender a “toglear”, es tan adverso a la intuición, que el elemento kinético en el hecho de nada más cambiar de un programa a otro, es muy distinto.

RT: *Incluso la mención de un “apagador” podría implicar un objeto táctil.*

RD: Sí, así es. Al apagador de la luz se le mueve de arriba para abajo. Hoy, en muchos lugares, presionas un botón para encender. ¿Pero cómo lo apagas? Para una generación más joven eso es obvio. Lo vuelves a presionar. Pero para una generación mayor resulta desconcertante, pues aquí tienes el botón con el que solías prender la luz, por lo que por algún lugar debe haber otro botón, etcétera. Sin embargo, cada año se publican más libros en papel que durante el año anterior. No es que el código impreso vaya a desaparecer. Sigue siendo un objeto sumamente familiar, y yo no lo veo como algo opuesto y hostil a los libros electrónicos. Mucha gente que conozco que tiene *Kindles* también compra libros impresos, y a veces el leer un libro en el *Kindle* es lo que la hace decidir a



El papel representaba siempre el cincuenta por ciento del costo de producción de un libro. Y en el caso de la Encyclopédie de Diderot y de d'Alembert, que he estudiado, el setenta y cinco por ciento de los costos de producción.

comprarlo en papel. ¿Por qué? Porque quieren un tipo diferente de registro que puedan tener en un librero y sacar cuando quieran y hojearlo. Por lo que no creo que estemos todavía en la “nostalgia del códice”. No sé si alguna vez lleguemos a ella. Pero si uno pasa mucho tiempo leyendo libros viejos, libros publicados antes del siglo XIX, como a mí me pasa, esa experiencia es realmente distinta. El papel se siente diferente, de verdad. Hay una experiencia táctil en leer un libro que se publicó en un papel hecho de trapos a diferencia del de pulpa de madera.

RT: *Incluso tiene un olor peculiar.*

RD: ¡Y está el olor! Y también el empastado, el cual desde luego variaba, pues las personas mandaban encuadernar sus libros, por regla no los compraban empastados. He descubierto al hacer investigación sobre libros del siglo XVIII principalmente, que la manera en que los sientes es un aspecto importante. Tan importante, aunque a lo mejor aquí me puedo poner nostálgico, que en verdad creo que eso fue parte de la industria editorial en el siglo XVIII.

Realicé un estudio, por ejemplo, sobre la publicidad de los libros. Y con frecuencia mencionan la calidad del papel. Hoy en día usted no se podría imaginar que ese aspecto fuera una parte de la publicidad. Por lo que me parece que existía una especie de conciencia del papel que existió antes de la invención del moderno papel de pulpa de madera. Y eso quiere decir que la gente se fijaba en el papel, no nada más en lo que estaba impreso sobre el papel. Yo creo que las personas eran conscientes del sustrato de la literatura. Me gustaría poder demostrar esto, pero creo que lo miraban contra la luz y que observaban las líneas de los canales y demás. Tal vez ahora esté exagerando, pero he visto cartas de lectores del siglo XVIII que se quejaban de la mala calidad del papel. Y he leído miles de cartas de editores del siglo XVIII —la palabra editores no se usaba en el siglo XVIII, sino la de libreros que eran los que producían libros— en las que hablan del papel. Me refiero de una manera “obsesiva”. ¿Por qué? El papel representaba siempre el cincuenta por ciento del costo de producción de un libro. Y en el caso de la *Encyclopédie* de Diderot y de d'Alembert, que he estudiado, el setenta y cinco por ciento de los costos de producción. De manera que el editor se ha pasado más tiempo preocupándose por el papel que por la impresión de la cosa. Y yo creo que una vez que se tiene en mente esa dimensión

de los libros, eso cambia la manera en que se valora y entiende a un libro anterior a 1830.

RT: *Usted ha dicho que las bibliotecas se ven presionadas por “avanzar en ambos frentes”: el analógico y el digital. ¿Podría elaborar sobre algunos de los peligros de recargarse en los textos electrónicos, incluidos los libros que “nacieron digitales”?*

RD: Veamos. ¿Es un problema que el foco esté muy enfáticamente entre los editores de libros digitales? Francamente yo no creo que exista un foco muy enfático. Puedo entender que los editores estén perplejos y que tengan miedo sobre el futuro digital, pues ellos tienen que cubrir costos y obtener ganancias. Es una industria seria. Y también están comprometidos con cosas muy elevadas como son la difusión del conocimiento y la creación de arte. De manera que no minimizo de ninguna forma los problemas a los que se enfrentan los editores.

Pero yo creo que muchos editores son muy cautos sobre la manera de enfrentar este futuro que vagamente pueden ver, pero que es borroso. No es que ellos “se opongán” a los libros digitales, lo que no quieren es arriesgar, tener grandes pérdidas. Cada editor trata de desarrollar un plan de negocios de algún tipo. Yo no debiera hablar como si yo fuera una autoridad en la edición contemporánea por lo que hay que restarle algo a lo que yo diga. Pero creo que uno de los puntos que enfrenta cualquier editor es qué hacer con los inventarios: la llamada “cola larga” de libros que pueden monetizar por medio de la digitalización.

Se podría decir que el uso hoy de la frase catalogado (*in print*), o descatalogado (*out of print*), resulta muy confuso, pues potencialmente todos los libros existen en un catálogo. Se tiene una versión digital del libro como parte de tu catálogo, de manera que cualquier consumidor podría ordenar ese libro. Y estamos muy cerca de eso ahora. Es verdad que no todos los editores han digitalizado todos sus catálogos, pero incluso en ese caso, el editor podría, ante la solicitud de un lector, digitalizar el libro, escanearlo a muy bajo precio y volverlo accesible por medio de la impresión por solicitud.

Tenemos estas nuevas *Espresso Book Machines* (EBM). Usted, el consumidor, va a una librería y llega a una computadora, ordena un texto, esta orden se transmite a una base de datos, el texto se transmite al instante a una máquina-no-tan-pasmosamente-grande (del tamaño de media cama). La máquina está detrás de un capelo de vidrio, de manera que se puede ver lo que sucede. El texto se imprime en papel, se recorta el papel, se le añade una portada en pasta rústica. Todo



esto en cuatro minutos y muchas veces a un precio muy bajo. Es decir que en Estados Unidos el precio en muchos casos es de ocho dólares por cada libro en pasta rústica. ¡En menos de cuatro minutos! Así que lo que está sucediendo es que la nueva tecnología fortalece al viejo código impreso. Y créame, los productos de estas máquinas son excelentes. No son elegantes, pero varias veces he visto a la máquina producir ejemplares de mis propios libros que se ven en todos aspectos tan bien como la edición en rústica original. No la versión en pasta dura, pero un ejemplar muy aceptable. Así que ésa es una manera en la que el catálogo de un editor es una fuente de ganancias potencialmente altas, gracias a la nueva tecnología. No se trata de una tecnología que sencillamente vaya a arrasar al código, sino que puede fortalecer al código impreso.

RT: *Muy interesante. Me da curiosidad por ver cómo se ve una en acción.*

RD: En Harvard tenemos una. A mis estudiantes los llevo a verla, y ellos piden libros por ahí, y está creciendo. Yo creo que será muy relevante. Pero es difícil predecir el futuro económico de nada, porque alguna nueva tecnología puede aparecer que sea aún más espectacular.

RT: *Usted mencionó esto mismo antes, pero me pregunto si me puede contar más sobre el proyecto de la Biblioteca Pública Digital de Estados Unidos. ¿Cómo se compara ésta con su idea de una República Digital del Saber?*

RD: La Biblioteca Pública Digital de Estados Unidos es más que un resplandor en mis ojos, o en los ojos de alguien más. Es una realidad que se está dando. Comenzó hace un año en un congreso que hubo en Harvard, en el cual la debatimos como una idea general. Y la idea general consiste en volver accesible, gratis, la herencia cultural de nuestras grandes bibliotecas de investigación. Así que en ese sentido fue como el *Google Book Search* salvo que sería no-comercial.

¿Fue un mero sueño utópico? Nosotros dijimos que no. En primer lugar, porque podemos encontrar el dinero. Todas las grandes fundaciones de Estados Unidos respaldan con entusiasmo esta idea. Si ellos ponen el dinero, nosotros podemos fondearla. Y pondrán el dinero. En segundo lugar viene la pregunta: “¿Es tecnológicamente factible?” Bueno, *Google* demostró que sí es tecnológicamente factible. Tal vez no fuera tan bueno como debiera ser, pero sigue siendo notable. Y ahora



hemos estado tratando ampliamente con científicos y todos ellos dicen que “esto ni siquiera es difícil”, ellos pueden diseñar la estructura para esta nueva biblioteca.

Será un sistema distribuido, por lo que no hay que imaginarse un edificio enorme en la parte alta de una base de datos gigantesca. Vinculará las bases de datos esparcidas por Estados Unidos de manera que sean perfectamente compatibles: el usuario no sabrá ni siquiera de dónde viene el libro, o el panfleto o el manuscrito. El usuario tendrá acceso instantáneo al texto. (Quiero decir que habrá metadatos que explique en dónde está el texto, pero será muy amistoso con el usuario.)

Para abril de 2013, tendremos este nuevo tipo de biblioteca en funciones. Eso está a diecisiete meses de distancia. Desde luego que estará en funciones de una manera preliminar, pues tenemos el problema de los derechos de autor. No vamos a violar el derecho de autor, lo respetaremos. Pero podemos poner al alcance de la gente dos millones de libros que son del dominio público, y todo tipo de obras de las colecciones especiales. Las bibliotecas de investigación en Estados Unidos tienen unas colecciones especiales fabulosas, como ustedes en su Biblioteca de Libros Raros en la Universidad Cardiff. Y muchos de éstos ya han sido digitalizados o parcialmente digitalizados. Ésta es una enorme cantidad de materia natural que será parte de la Biblioteca Pública Digital de Estados Unidos. Y luego haremos que se incremente.

Es decir, nos moveremos hacia el mundo del derecho de autor, pero no lo violaremos. ¿Cómo? Es una pregunta difícil. Tenemos grupos trabajando en este tema, tenemos los mejores profesores de la escuela de derecho diseñando estrategias legales para hacerlo, etcétera. Y no tenemos una respuesta clara para eso. Podría entrar en algunos de los detalles, pero es probable que sonaran demasiado esotéricos para la gente en su *blog*. Sin embargo, existen las posibilidades para volver accesibles al menos algunos de los libros con derecho de autor. Éstos, en general, serán libros “descatalogados”, no libros comerciales asequibles, no los libros que hoy están en el mercado, sino los que sigan protegidos por el derecho de autor. Estas obras las podemos hacer asequibles, me parece, pero lo tenemos que hacer por medio de una especie de acuerdo con los autores y los editores, y ese tipo de acuerdo todavía hoy está por establecerse. No es fácil, pero es algo que yo creo que haremos poco a poco en el transcurso de la siguiente década. Así que en diez años tendremos una biblioteca más grande que la Biblioteca del Congreso, que es la biblioteca más grande del mundo, disponible para todos de manera gratuita.

Así que en diez años tendremos una biblioteca más grande que la Biblioteca del Congreso, que es la biblioteca más grande del mundo, disponible para todos de manera gratuita.